

CHARLAS del PEBETE

Llegó hasta mí, dando resopidos, jadeante y casi agotado. Lucio Comedido y me dijo, con voz entrecortada por la emoción:

—Acabo de verle y hasta de oírle. Dentro de trece meses justos mi posición política, social y administrativa, será cosa hecha.

Trece meses, fecha de mal agüero, peticiones a plazo fijo, esperanzas cortesanas doradas, ó por lo menos, rosadas... No hacía falta gran penetración para comprender que se trataba del doctor, general y diplomático don Roque, antípoda de Roca en la esfera política, que no es precisamente la celeste, aunque se parece algo á la armilar, por lo que se está armando.

—¿Conque le ha visto usted y él le ha mirado?

—Sí; hoy creo en todo, hasta en el cuadrado de la hipotenusa, que nunca pude demostrar.

—Pero iría muy acompañado...

—Acompañado dice usted? Bloqueado, circundado, apretujado, apenas le dejaban respirar. Pero tuve la buena idea de adivinar que trataba de librarse de aquella mole de admiradores, con cualquier pretexto; inmediatamente tomé del lavatorio un jabón y una toalla y se las presenté al ilustre candidato con un ademán que me habría envidiado cualquier gentilhombre de cámara.

—¿Y qué hizo don Roque?

—Primero me miró con extrañeza, luego dirigió la vista á sus manos, y al fin, comprendiendo sin duda por mí expresión suplicante de lo que se trataba, se encogió de hombros y me siguió. Yo me apresuré á cerrar la puerta con cerrojo, casi en las narices de una serie de notabilidades, y al verme solo con el grande hombre le serví agua, y cayendo de hinojos á sus pies, le largué íntegro el rollo que llevaba premeditado. Cuando terminó sus abluciones, le tendí la toalla y entonces me dijo: "Pero ¿estaba usted de rodillas? No me había fijado; levántese." Y se puso á conversar conmigo con una sencillez que daba ganas de llorar.

—Vea—me dijo;—por el momento apenas llevo suelto, porque ya sabe que los viajes lo devoran todo. Pero si el apuro es muy grande yo siempre tengo veinte pesos á la disposición de los amigos de la categoría de usted.

—Los guardaré como recuerdo. Pero lo que yo quisiera y se lo pediría con lágrimas en los ojos, es una placita de senador nacional por cualquiera provincia, me es indiferente. Ya sabe usted lo levantísca que se ha puesto esa cámara: yo sería un modelo de senadores. Mi reconocimiento, mi adhesión, mí... mí...

—Hablarémos del asunto á mí vuelta y haré lo posible por que en el reparto le toque una buena repartición. Precisamente me marchó tan pronto porque me tienen triturado ya los amigos, los conocidos y los desconocidos, con exigencias de colocaciones. He prometido ya 144 ministerios, á dos por mes; más de mil plazas de congresistas, infinidad de cargos altos, medianos y á ras de tierra, y ya tengo apalabradadas las catorce plazas de interventores para las provincias, porque habrá que intervenir largo y tendido en mis tiempos. Me dejan esto convertido en un conventillo de comadres, con una sola cocina y todo se vuelve celos, competencias, reivindicaciones, gritarras y ganas de regenerar al prójimo.



—Tal vez estoy molestando á usted, mi general, digo mi doctor, mi providencia...

—En efecto, me molesta usted; pero mucho menos que los que me aguardan detrás de la puerta. Le puedo conceder aún cinco minutos, que serán para mí de relativo descanso, porque usted es un solo mosco y ellos un enjambre de avispas.

—Y bien, egregio doctor, ¿puedo descansar en la dulce confianza de que será usted elegido?

—¿Cómo no? Mi viaje ha durado poco, pero ha sido aprovechado. Víne, víde al vice, quedamos en ello, se arregló la última intervención que faltaba y toco la polea del espianto. Aquí, ¿qué voy á hacer? ¿Declaraciones? Ya me declaré y estoy todavía sin puesto, pero con novia. Si hago algo, a unos le gustará y á otros tampoco; si no hago nada echaré demasiado vientre y esto sería prematuro; si hablo, por la boca muere el pez y si me callo me tomarán por mudo y me compararán con quien menos deseo. De manera que yo voy á La Haya á conformarme con lo que haya para que aquí no me echen al hoyo.

Aun habría seguido desahogándose el sublime don Roque en el corazón leal del más adicto de sus partidarios; pero una avalancha de sus impacientes admiradores echó abajo la puerta y se le llevó por los aires. Me vi empujado, pisoteado y molido por aquellos patriotas, que me miraban como á un intruso; pero aun me han quedado fuerzas bastantes para llegar hasta aquí, á ofrecer á usted las primicias de esta "interview".

—¿Y qué quiere usted que haga con ella?

—Publiquela por amor de Dios. Soy un padre infeliz: uno de mis hijos no estudia, otro es jorobado y el tercero toca el violín. Don Roque, al leer esto, me tendrá presente y la patria y yo le deberemos á usted una barbaridad.

No sé resistir á esa clase de argumentos sentimentales y ahí va eso. Válgame la intención filantrópica y Dios y el lector me lo perdonen.

P B T.